

# El “Sinaí” de Medellín: la conferencia de 1968 como “nuevo pentecostés” para la Iglesia latinoamericana\*

---

Silvia Scatena

Università degli Studi di Modena e Reggio Emilia  
Italia

## 1. La coyuntura del 68

En este artículo no analizaré los contenidos teológico-pastorales de la conferencia de Medellín, sobre los cuales hay gran cantidad de contribuciones, estudios, reflexiones, una literatura muy nutrida y dispersa, que será aún más abundante al final de este aniversario. Tampoco me detendré en el contexto histórico en el cual tuvo lugar esta asamblea, expresión *sui generis* de la articulación de la dimensión planetaria del catolicismo postconciliar —cuyos sujetos eclesiales adoptan el Vaticano II como referencia— y la realidad regional, con sus especificidades relativas y propios problemas.

La conferencia de Medellín se sitúa significativamente en la coyuntura particular de 1968, cuando la Iglesia católica cierra una fase caracterizada por la ilusión de que el *aggiornamento* conciliar se realizaría sin grandes contratiempos. Aquí apenas evoco esa coyuntura, aunque pienso que hay que tenerla presente en una reflexión sobre Medellín y su magisterio, el cual está estrechamente “entrelazado” con el tiempo histórico en el cual tiene lugar la conferencia. Esta es una especie de “parte-aguas”, que ella misma asumió, cuando, a finales de 1968, cambia el horizonte global, donde se situarán sus consecuencias.

---

\* El presente artículo cita mucha documentación conservada en diversos archivos privados y públicos, consultados en el curso de investigaciones, a lo largo de varios años, las cuales han sido sucesivamente publicadas en dos volúmenes monográficos: *In populo pauperum. La Iglesia latinoamericana del concilio a Medellín (1962-68) y Taizé, una parábola de unidad. Historia de la comunidad desde los orígenes al Concilio de los jóvenes*. A tales volúmenes (Bologna, 2018), remitimos, por tanto, para las referencias puntuales de los textos y archivos de las fuentes utilizadas.

Mi intención aquí es ofrecer algunos testimonios “directos” de algunos de los participantes en esa asamblea, que pueden ayudar a entender cómo y por qué Medellín fue, en muchos aspectos, una experiencia innovadora y original. Mirada en retrospectiva, no habrá un nuevo Medellín. Ni siquiera se repetirá la trayectoria singular y colegial de la Iglesia latinoamericana. Me interesa explorar cómo y por qué, en la memoria de muchos de los protagonistas de Medellín, se impuso la idea de una efusión palpable del Espíritu de pentecostés, tal como dijo después el argentino Pironio.

Medellín fue el punto de llegada de una larga preparación, cuyo dinamismo se encuentra en “el ejercicio colegial” promovido sistemáticamente por un pequeño grupo de obispos, convertido en equipo durante los años conciliares, gracias al impulso de un tándem episcopal excepcional, conformado por Hélder Câmara y Manuel Larraín. A la *dynamis* singular de aquella asamblea contribuyó, sin duda, de modo decisivo, el sencillo ejercicio colegial, para retomar una expresión de Marcos McGrath, promovido por el primer Celam. El objetivo de este Celam postconciliar fue trasladar las grandes orientaciones del Vaticano II a la vida de las iglesias particulares y de la Iglesia latinoamericana en su conjunto. La peculiar experiencia sinodal vivida en Medellín no puede ser entendida si prescindimos del método, de los análisis, de los contenidos y de la solidaridad, madurados en los años inmediatamente precedentes a la conferencia, en el seno del pequeño equipo de obispos —y con ellos, también por teólogos, sociólogos, religiosos y sacerdotes— al frente del organismo continental del episcopado.

Aquí solo puedo evocar algunos de los encuentros organizados por ciertos departamentos especializados del Celam de entonces, entre 1966 y 1968. Esos encuentros son “antenas” o instrumentos privilegiados para escuchar e interpretar las expectativas, los clamores y los deseos de cambio de sectores importantes de la Iglesia latinoamericana. Entre ellos, cabe mencionar la reunión de Baños (Ecuador), en junio de 1966; la asamblea extraordinaria de Mar del Plata, en octubre del mismo año, que discute la presencia de la Iglesia en el desarrollo y la integración del continente; la reunión en el seminario de Buga (Colombia), en febrero de 1967, sobre el rol y la misión de las universidades católicas en América Latina; el encuentro de Melgar, también en Colombia, en abril de 1968, sobre la pastoral misionera; y, por último, pero no por eso menos importante, la reunión de Salvador de Bahía, organizada en mayo del mismo año por el Departamento de Acción Social del Celam, para hacer un balance de las conclusiones de la asamblea de Mar del Plata, poco más de un año después de la *Populorum progressio*.

La experiencia colegial no solo resultó fundamental para la lenta maduración del consenso general sobre algunas de las orientaciones generales de la conferencia de 1968, sino también para la autoridad efectiva asumida por Medellín, más allá del débil valor canónico de sus conclusiones, para su

relevancia simbólica como momento de unidad eclesial latinoamericana y para la lectura de la experiencia como un auténtico pentecostés para la Iglesia latinoamericana.

Esta lectura, propuesta en la presentación del texto oficial de las conclusiones, después del *nulla osta* de la Santa Sede, se fundamenta en dos hechos. El primero es el *método de trabajo*, que permitió que todos los participantes en la conferencia —obispos, laicos, hombres y mujeres, y representantes de otras iglesias cristianas— desarrollaran sus tareas en un clima de gran libertad. El segundo hecho fue una *liturgia cotidiana*, pensada por los liturgistas del Instituto de Liturgia Pastoral, como elemento integrador de la asamblea. Muchos de los presentes en el seminario de la ciudad antioqueña la consideraron el verdadero nervio espiritual de la conferencia, porque articuló los trabajos sinodales.

La abundante literatura sobre Medellín ha prestado poca atención a estos dos elementos. Sin embargo, pienso que son esenciales para comprender la formulación de los contenidos y las opciones que caracterizan a esta conferencia, mismas que luego constituyeron “el parte-aguas”, un antes y un después en la historia de las iglesias latinoamericanas.

Por esas razones, quiero detenerme en estos dos elementos. Recorreré el desarrollo cotidiano de la conferencia, en sus dos semanas de duración, para lo cual recurriré o dejaré hablar, en la medida de lo posible, a algunas fuentes escritas de aquellos días, publicadas o no: la documentación del Celam, en particular la guía de las celebraciones litúrgicas y algunas homilías; algunas crónicas de esas dos semanas, como las del argentino Mejía, entonces secretario ejecutivo del nuevo Departamento para el Ecumenismo, enviadas a *Criterio*, y las de la hermana brasilera Irany Bastos; algunas cartas, como las escritas por Hélder Câmara a su familia mecejanense, recientemente publicadas en Brasil, en el cuarto volumen de sus circulares, o también las dirigidas a Roger Schutz por el hermano de Taizé, Robert Giscard, uno de los once observadores no católicos presentes en Medellín; algunas anotaciones diarias, como las de Leónidas Proaño o Ramón Bogarín; y, finalmente, algunas páginas del diario personal del obispo colombiano de Buenaventura, Gerardo Valencia Cano, el “místico” presidente del Departamento de Misiones, quien anotaba diariamente en su cuaderno sus oraciones y meditaciones, en forma de coloquio con Dios.

## 2. “Aquí estamos”

El desarrollo de la conferencia en el seminario mayor de Medellín no fue un elemento secundario para el método de trabajo, minuciosamente estudiado por el marianista español Cecilio de Lora, uno de los principales facilitadores de la asamblea, ni para el desarrollo de la liturgia cotidiana, concebida como pieza única al servicio de la realidad latinoamericana. El edificio del seminario es una construcción grande y aislada, situado sobre una altura, a algunos kilómetros de

la ciudad, y rodeado por un bosque enorme. Una infraestructura privilegiadísima, según Hélder Câmara, quien se sentía algo molesto con tanta comodidad: “Aquí estamos [...] hospedados todos en el seminario de Medellín, que dispone de 300 cuartos [...] todos con baños individuales [...] ¿qué fuerza moral podemos tener para hablar de reforma agraria o reforma urbana?”.

No obstante, el seminario reunía condiciones ideales para el recogimiento y la concentración. El aislamiento defendía del asedio de los medios de comunicación, que disponían de un servicio de teléfono y de fax a más de cinco kilómetros del seminario. Por tanto, debieron conformarse con las noticias proporcionadas por la oficina de prensa oficial. En ese aislamiento, unos 250 participantes, entre cardenales, obispos, religiosos y laicos, hombres y mujeres, y observadores, compartieron durante dos semanas el trabajo, la mesa y la liturgia. “Hay un clima de retiro forzado y vigilado”, escribió el hermano Robert Giscard al hermano Roger. Ninguna conferencia eclesial así hubiera sido posible hace cinco años, anotó Mejía, el 28 de agosto, en una crónica para *Criterio*. En ella subrayó de modo particular cómo la liturgia contribuía a crear un ambiente de fraternidad.

La mayoría concelebran, no todos por desgracia, un laico lee la epístola, se canta bien y muchos comulgan bajo las dos especies, se usan los nuevos cánones, se da la paz a todos, se ora de veras y nos transformamos. El Instituto de Liturgia del Celam, responsable de esta obra de arte del culto, demuestra lo que vale y hace una catequesis con los hechos.

En los primeros días de la asamblea, algunos obispos encontraron nuevas solidaridades, que los sacaron del aislamiento de sus respectivas conferencias episcopales. Uno de ellos fue Valencia Cano, quien, el 28 de agosto, anotó en su diario que se sentía todavía “en una situación que me tiene en la cárcel o en el desierto con tantos hermanos”. Otro fue Leónidas Proaño, a quien los obispos de Ecuador habían hecho “una mala propaganda”, tal como anotó en su cuaderno, el 22 de agosto, el primer día de la visita de Pablo VI a Bogotá, donde presidió el congreso eucarístico e inauguró la conferencia. La convivencia experimentada en Medellín sería también para él un “bálsamo” importante. Así se colige del informe escrito sobre la conferencia que envió a sus colaboradores de Riobamba, al regresar de Colombia:

el hecho de vivir todos en la misma casa, de sentarse a comer un mismo pan, de aglomerarse alrededor de la misma cafetería, en los momentos de descanso, para sorber unos bocados del famoso tinto colombiano, contribuyó desde el primer día a que todos me dieran la fraternidad ya iniciada en otras oportunidades. De la fraternidad se pasó rápidamente y profundamente a la comunión de ideas, en las actitudes, en el Señor. [...] La comunidad de Laudes en la mañana, de Vísperas en la tarde, y, sobre todo, la Concelebración de la Palabra y de la Eucaristía.

Indudablemente, un elemento que contribuyó a crear una atmósfera, considerada casi unánimemente como simple y fraterna, un hecho nada obvio, dada la gran diversidad de mentalidades y orientaciones pastorales del episcopado, la difusa insistencia de los medios de comunicación en fuertes polarizaciones en el interior de la asamblea, y el clima adecuado para la reflexión y el debate, fue que casi todos los obispos se conocían, debido a la prolongada estadía en Roma, durante los años del concilio. A eso debemos agregar que varios de ellos se encontraron muchas veces en las reuniones del Celam.

También contribuyó el trabajo de “ambientación”, desarrollado por las ponencias de los relatores y los siete “espacios de reflexión”, presididos por los mismos relatores, con el apoyo de los peritos. El objetivo de los momentos de reflexión no era llegar a conclusiones, sino profundizar en los temas expuestos e identificar algunas orientaciones e ideas clave. De esa manera, se logró una mentalidad común básica, tal como anotó Proaño, quien, además, añadió, en el recordado informe sobre la conferencia:

¿Cómo llevar a hombres llegados de todas las latitudes de América Latina a centrar su atención seriamente en un tema de tanta trascendencia? ¿No venía cada cual con sus preocupaciones propias, con su propia manera de ver las cosas? Era preciso empezar dulcemente: sesión para mirar filminas a colores. Desde luego se trataba de filminas que, por los ojos, introducían una visión global de las realidades latinoamericanas: la explosión demográfica, las condiciones de trabajo, de la educación, de la vivienda, de la familia, de la Iglesia. Este conocimiento entraba también por los oídos, pues un sociólogo iba explicando brevemente el significado de cada filmina. Sesión para dar a conocer con pormenores cómo los participantes iban a ocupar su tiempo durante dos semanas. Algunos discursos de saludos de delegaciones especiales que eran correspondidos con cariñosos aplausos. Así nació un ambiente propicio para la reflexión y el diálogo. Ya no fue difícil pasar a una segunda etapa más seria. Los obispos encargados de las ponencias las fueron leyendo uno después de otro, por su orden, ante la asamblea. Pero, luego de escuchar una ponencia, los participantes, divididos en siete grupos, bajo la presidencia de los ponentes, se organizaron en seminarios de profundización. Los seminarios no pretendieron sacar conclusiones todavía, ni llegar a compromiso alguno. Sin embargo, un secretario recogía por escrito los principales acuerdos que, al final debían distribuirse, mimeografiados, entre todos. Además, fueron designados para cada seminario dos expertos asesores. Esta etapa sirvió, como se vio claramente después, para la difusión y aceptación general de las ideas clave.

La decisión de reservar bastante tiempo al conocimiento recíproco y la discusión libre de las temáticas, sin impedir la expresión de tendencias divergentes, ni tratar de llegar rápidamente a resultados textuales, permitió superar en poco

tiempo muchos prejuicios y el difuso escepticismo de quienes habían llegado a Medellín sin mayores expectativas. “CELAM, ¿qué haces? ¿Un encuentro más?”, escribió irónicamente alguno, en el pizarrón de una de las aulas del seminario, según el recuerdo de Proaño. Por otra parte, muchos participantes, en concreto, los religiosos de la CLAR y varios peritos, se enteraron, según sus propios testimonios, de que formarían parte de la asamblea, pocos días antes de su inauguración, y no todos pudieron leer con atención el documento de trabajo.

Poco a poco, a medida que la conferencia se desarrollaba, muchos comenzaron a tener una visión más continental de los problemas y a percibir de forma más o menos consciente hasta dónde había influido la transformación conciliar en la conciencia colectiva. Hélder Câmara anotó, al final de una carta circular, escrita en la noche del 28-29 de agosto: “la conferencia, con la gracia de Dios, nos va a hacer bien a todos, nos obliga a estudiar, aproxima hermanos de corrientes distintas, mezcla obispos con técnicos, eclesiásticos y laicos; reaviva el Concilio!”.

Los trabajos de la asamblea empezaron la mañana del 27 de agosto, después de la celebración comunitaria de Laudes. El tema central de la liturgia del día fue, significativamente, la Iglesia como luz para las naciones: la Iglesia como comunidad de fe en Cristo y signo de esa misma fe ante los hombres del continente. La lectura matutina elegida, el relato del nacimiento de Moisés, fue el punto de partida para presentar la situación de los pueblos latinoamericanos como una situación de éxodo, signo, al igual que en la época de Moisés, de la voluntad salvífica permanente de Dios. Si bien las condiciones del continente parecían trágicas, la memoria del rescate de Moisés de las aguas era una invitación a volver a tomar conciencia del plan de salvación. El paralelismo resultó propicio para una jornada que comenzó con un taller, fuera de programa, a cargo del padre Alfonso Gregory del Ceris, de Río de Janeiro. Este presentó una especie de sociografía del continente, que evidenció el carácter trágico de su situación social. Luego, dio comienzo la serie de siete ponencias introductorias. La primera, sobre los “signos de los tiempos”, estuvo a cargo de McGrath. El contexto indujo a pedir comunitariamente en la liturgia que la Palabra de Dios llevara a reconocer lo que implicaba la fe en ese momento crucial.

El 28 de agosto, memoria litúrgica de san Agustín, el hilo conductor de la liturgia del día fue la salvación integral. La intención de esa liturgia era canalizar la reflexión sobre la casa, el reino de Dios y la salvación. El Cristo salvador, anunciado a los pastores la noche de Belén —el evangelio de la misa fue Lucas 2,8-14—, era el hijo de David, el que construía verdaderamente el reino de Dios, su verdadera casa, prefigurada en la profecía de Natán de 2 Sam 7,12-16, leída por la mañana en el oficio de Laudes. Cristo, el hijo de Dios, ungido rey para siempre, es el verdadero templo, en el cual Dios había habitado en medio de su pueblo. En la pauta de la reflexión matutina, se leía que Dios quería vivir en el

hombre y ser amado y servido en el hermano, sobre todo, en el hermano pobre. Ahora bien, si cada persona era la casa de Dios, el trabajo pastoral debía consistir en edificar progresivamente esa morada, anunciando la gran noticia del reino de Dios. Desde esta perspectiva, trabajar por el progreso humano integral y por la promoción humana significaba también trabajar por el reino, un reino que no es de este mundo, pero que, sin embargo, se da en el mundo y debe construirse poco a poco.

Es imposible verificar hasta qué punto las ideas planteadas en la liturgia fueron efectivamente retomadas y desarrolladas en las homilías de la concelebración eucarística de la tarde, presidida por el administrador apostólico de Bogotá, Muñoz Duque. En cualquier caso, no pocas de esas ideas resonaron, aunque de forma distinta, en la ponencia matutina de Pironio, quien hizo una relación teológicamente muy densa y rica en referencias bíblicas. El nuevo secretario del Celam se detuvo en la relación entre el reino de Dios y el progreso humano, y subrayó cómo aquel es distinto de este, pero ambos están íntimamente relacionados. Encontramos otra coincidencia entre la guía litúrgica del día y la reflexión de Pironio en el tema de los pobres, los preferidos de Dios y, por tanto, con precedencia en su reino. Pironio señaló la necesidad de que la Iglesia diera testimonio de pobreza, no por razones de orden sociológico, ni solo por solidaridad con los pueblos del continente, sino por la esencial fidelidad al evangelio, anunciado a los pastores en Belén, y por la lógica de la *kénosis* de Cristo.

También la liturgia del 29 de agosto, memoria del martirio de Juan Bautista, centrada en la figura del precursor y en el orden nuevo instaurado por Cristo, estuvo estrechamente relacionada con el desarrollo de los trabajos de la asamblea. La figura, pero sobre todo, la trayectoria del Bautista, modelo para quienes están llamados a anunciar y preparar *un orden nuevo integral*, pusieron de manifiesto el contraste existente entre la debilidad y la dificultad del precursor, y de cualquier apóstol auténtico, y la fuerza de una palabra que actúa muchas veces de manera secreta, pero eficaz.

En consonancia con esta visión, la oración litúrgica pidió la audacia necesaria para el anuncio y la osadía propia de los profetas, tal como insistió la monición introductoria de la liturgia eucarística. Esta presentó la figura del profeta Jeremías, temeroso de predicar, pero fortalecido por Dios, y el silencio de Juan, logrado por los poderosos de su tiempo, quienes ordenaron su asesinato, porque su figura era incómoda y porque, inevitablemente, el compromiso con *un nuevo orden* exige renunciaciones y sacrificios. Su silencio, se leía en la pauta litúrgica para la homilía de la eucaristía, celebrada por el venezolano Roa Pérez, había sido su palabra suprema, que aún resonaba en la actualidad. En esa misma línea, la asamblea debía preguntarse por las exigencias del ministerio profético en América Latina. En la oración de los fieles, se sugería rezar para que los pastores fueran capaces de anunciar el evangelio de Jesucristo con firmeza y vigor. Proaño, en su

ponencia del séptimo y último día, también había reclamado la misma audacia “para afrontar el Goliath del subdesarrollo, consciente o inconscientemente mantenido por los dominadores de este mundo, extranjeros o nacionales”.

### 3. El Sinaí de Medellín

Una vez concluida la etapa de ambientación, el 30 de agosto, al comenzar la segunda parte de los trabajos de la asamblea, la liturgia articuló de nuevo el tiempo de reflexión y de las decisiones más exigentes de las comisiones pastorales. Nueve comisiones, algunas de las cuales se dividieron en subcomisiones, trabajaron de manera autónoma, en tres grandes áreas pastorales: la promoción humana, la evangelización y la Iglesia visible y sus estructuras.

Ese día, la liturgia eucarística, celebrada por la mañana para dejar algunas horas libres por la tarde, antes de la celebración pública de la palabra, en el estadio de la ciudad, recordaba a santa Rosa de Lima, patrona de América. Ese viernes, tanto los Laudes como la misa fueron presididas por el cardenal de Lima, Landázuri Ricketts, quien pidió ayuda a Gustavo Gutiérrez para preparar la homilía.

El hilo conductor de la jornada fue la Iglesia creadora de un mundo nuevo. En consecuencia, la reflexión giró alrededor del tema de lo nuevo en la Biblia y de la progresiva animación de una nueva realidad, a través del compromiso y del esfuerzo de los cristianos, quienes al ofrendar su trabajo a Dios, se asocian a la obra redentora de Cristo. La lectura propuesta para los Laudes anuncia la felicidad mesiánica (Is 65,15-25) y las de la misa hablan sobre el primado de Cristo, en la carta a los Colosenses, y sobre la respuesta de Jesús a los discípulos de Juan Bautista. A la luz de la imagen del Siervo sufriente de Yahvé, Jesús presenta su obra como portadora de dones típicamente mesiánicos e indica la verdadera naturaleza de su misión: servir a Dios, mediante la proclamación del evangelio, y servir al hombre, mediante la realización de milagros (Lc 7,21-23).

En la pauta para la homilía y también en la oración sobre las ofrendas, inspiradas en la oración eucarística de san Basilio, se lee que la Iglesia debe ser fermento de una creación nueva y definitiva, una anticipación en el mundo de esa nueva creación. Como prolongación de la encarnación salvífica, la Iglesia tiene la responsabilidad de *fermentar* este mundo y de ayudarlo a transformarse en lo que Dios espera de él. En este sentido, la Iglesia debe seguir el ejemplo de Cristo, que al sanar y liberar a los prisioneros, abre un mundo nuevo y lleva la creación a su pureza original.

Estos puntos fueron retomados y desarrollados en la homilía del cardenal de Lima, un texto muy fecundo, que luego le pidieron retomara en el discurso final de la asamblea. La homilía, afortunadamente conservada, comienza enfatizando la importancia de la liturgia eucarística para el desarrollo de la conferencia. No

solo era el momento más *hermoso*, sino también “el fundamento y el complemento de nuestro trabajo de reflexión y estudio sobre los problemas pastorales de América Latina”. Luego, compara el seminario de Medellín, aislado en una altura, con el monte Sinaí, dos lugares donde se escucha la palabra y de estadía provisoria. De la misma manera que Moisés era esperado por su pueblo, los pastores reunidos en la asamblea general eran aguardados por los pueblos del continente y sus iglesias. Por tanto, tenían la grave responsabilidad de descender al valle con “decisión y coraje”. El seminario de Medellín era también un lugar de alegría y fraternidad, un Tabor, donde se respiraba un “clima eucarístico, de compromiso y de amor”.

Enseguida, Landázuri Ricketts comentó las lecturas. Se detuvo en el anuncio de la buena noticia evangélica a los pobres, un tema sugerido por el texto de Lucas. La liberación de los prisioneros y la redención de los pobres eran signo de la cercanía del Señor. Esta constatación, subrayó, conducía al corazón del proceso histórico del continente latinoamericano, el cual, guiado por el Espíritu, se encontraba de nuevo como en el tiempo de Rosa de Lima, en “un momento providencial”, después de un largo tiempo de espera y preparación.

En los graves problemas experimentados por los pueblos latinoamericanos, parecían abrirse nuevas posibilidades. Había una nueva oportunidad para encontrarse con el Señor, un camino nuevo para la pastoral. Interpelados por la honda “misericordia de nuestros pueblos”, los pastores debían estar a la altura de la hora, no para resolver esos problemas con soluciones aparentes, sino para comenzar a trabajar en la realización de un “orden nuevo”, que la *Populorum progressio* (20) describe como el paso individual y colectivo de condiciones de vida menos humanas a condiciones más humanas.

Luego, el primado peruano prosiguió diciendo que, en la medida en que, como pastores, tuvieran lucidez para interpretar la crisis latinoamericana, vivirían plenamente la colegialidad y proyectarían sobre el mundo una fe renovada y dinámica. Al final, vuelve al tema de la novedad y la audacia, característica del Cristo capaz de audacia de la cruz y la eucaristía. En consecuencia, Landázuri Ricketts invitó a ser “dóciles al soplo del Espíritu que renueva la faz de la tierra” y santamente audaces en la reflexión y las conclusiones pastorales para, de esa manera, colaborar con Cristo, en la creación de un mundo nuevo.

Inmediatamente después de la liturgia eucarística, se formaron las comisiones de trabajo. A diferencia de los grupos de reflexión más espontáneos de los primeros días, estas comisiones fueron presididas por un designado de la presidencia de la conferencia, aunque en la integración de las comisiones se dejó una notable libertad. Los participantes indicaron sus temas preferidos, lo cual fue tenido en cuenta por la secretaría, excepto en el caso de la comisión que debía ocuparse de los problemas demográficos y la familia, en la cual pocos querían trabajar, después de la *Humanae vitae*, publicada recientemente.

La elección de los presidentes de las comisiones, que debía considerar cierta representatividad geográfica, fue evidentemente bastante estratégica. La mitad de las comisiones fue presidida por obispos del Celam, como Araujo Sales, Bogarín, McGrath, Botero Salazar y Dammert Bellido. La otra mitad, por obispos con sintonías diversas respecto a las orientaciones de los organizadores de la conferencia. Entre estos, se encontraba Carlos Parteli, arzobispo coadjutor de Montevideo, cuyo desempeño en la comisión de la paz fue fundamental. En dicha comisión, trabajó con Câmara, Gutiérrez, el jesuita Pierre Bigó y José Gremillon, del Pontificio Consejo de Justicia y Paz.

La distribución de los peritos fue también bastante elocuente. Aparte que muchos de ellos trabajaron en grupos más pequeños y transversales, incluso durante la noche. Uno de los casos más notables es el de Gustavo Gutiérrez, quien, aunque asignado a la comisión de la paz, contribuyó de manera fundamental en la elaboración del documento sobre la pobreza. Además, entre los peritos y los obispos, hubo colaboraciones nacionales. Ese es el caso de los brasileros, quienes, en muchos casos, buscaron el consejo del joven obispo de Santo Ângelo, Aloísio Lorscheider, miembro de la comisión teológica de la conferencia episcopal de Brasil. Aunque fragmentarios, los testimonios, orales y escritos, sobre el trabajo de las diversas comisiones coinciden en señalar el clima de intensa participación. A diferencia de lo ocurrido en las asambleas posteriores, en concreto, en Puebla y Santo Domingo, los obispos, los laicos y los observadores participaron en todas las actividades, en las discusiones y en la elaboración de los textos. “Yo estoy en la comisión que trata de la pobreza en la Iglesia y trabajo activamente”, escribió el observador de Taizé a Schutz, en una carta del 31 de agosto.

Los debates se desarrollaron con gran libertad, tanto que, años después, Marina Bandeira y Julio Munaro, miembros de la comisión de educación y laicos, hablaron de “desorganización constructiva” y “sistemática espontaneidad”. Muchos protagonistas consideraron que aquí estriba el verdadero “secreto” de una experiencia irrepetible. “Haz que todos comprendamos que nuestra fuerza está en nuestra unión contigo, y que de ti proviene como fuente única, la gracia de nuestra cohesión”, escribió en su diario Gerardo Valencia Cano el 30 de agosto. Al día siguiente, continuó su oración de la manera siguiente:

No permitas que por buscarte y mirarte en mi prójimo pobre, pequeño, enfermo, deje de amarte en los sucesores de Pedro y los apóstoles que tú dejaste como fundamento de tu Iglesia. Enséñame a dar a cada cual el tributo que merece, la gracia que en él depositaste: el docto tributo del doctor al profeta, su equivalente, y así a todos. Dame, Señor, si te parece, el don de descubrirte en cada cual.

El 30 y 31 de agosto, el trabajo de las comisiones, apoyado en diferentes dinámicas, logró comprometer a sus miembros. El 1 de septiembre, domingo,

se reservó para visitar las parroquias de la ciudad. Obispos y peritos se distribuyeron por ellas para encontrarse con grupos y comunidades. Fueron encuentros de denso significado pastoral, sobre los cuales no hay muchas fuentes, salvo una breve anotación en el diario de Bogarín, quien visitó una parroquia de la periferia de la ciudad, donde celebró la misa y cenó con el párroco, con quien conversó sobre el clero colombiano; y una referencia de Cámara, en una carta circular, donde afirma haber quedado atontado por la enorme cantidad de invitaciones: “el arzobispo de aquí, mi amigo Monseñor Tulio Botero Salazar, eligió por mí: la mañana será pasada si Dios quiere (inclusive la santa misa) en la sede de la JOC y la JUC”. También los observadores visitaron algunas parroquias. El de Taizé, Robert Giscard, escribió, muy entusiasmado, el 3 de septiembre:

hace dos días, el domingo, fui a una parroquia pobre de Medellín. Cada obispo deseoso de celebrar en una de las numerosas parroquias de esta ciudad podía inscribirse previamente. Yo también lo había hecho, de tal modo que me uní a un obispo de Honduras, catalán de origen, muy simpático. Fuimos juntos a un barrio de casas en ruinas, que ya ni siquiera son ranchos, ahí, en esa parroquia, un sacerdote activo y brillante ha sabido verdaderamente realizar la plena promoción humana y espiritual, con la ayuda de una pequeña fraternidad de benedictinas americanas, viviendo muy simplemente; y más tarde, con la ayuda de un grupo de laicos, los primeros formados por ese sacerdote, que tienen un celo apostólico impresionante. La misa fue muy comunitaria. Yo estaba con un alba, rodeado de una simpática rueda de niños, con muchachos de todos los colores y los ojos brillantes. En fin, esa amistad que yo deseaba y que me llegaba como un sacramento de la presencia de Cristo a través de esos niños.

#### **4. Los dieciséis textos y las primeras votaciones**

El clima de gran libertad se prolongó en la asamblea plenaria, en cuyo seno se presentaron los primeros resultados del debate en los grupos. El 1 de septiembre por la tarde y el día siguiente, los relatores leyeron los primeros *informes*, esto es, las síntesis elaboradas a partir de las reflexiones y los debates de cada comisión. Así, los temas tratados fueron sometidos a la consideración libre de la asamblea. La presentación de los primeros textos y el debate que siguió constituyeron un momento importante para la autopercepción de la asamblea. Las comisiones dejaron rápidamente de lado el documento de trabajo. Por tanto, elaboraron textos nuevos en muy poco tiempo y no sin tensiones. Algunas comisiones los rehicieron totalmente, lo cual pone de manifiesto la voluntad de la mayoría de los participantes de imprimir a la conferencia lo que el periódico *El Tiempo* definió, el 3 de septiembre, como el rostro de una Iglesia audaz, en camino hacia su renovación. “En Medellín todo va magníficamente. La línea de avanzada en punta. No ‘faltan francotiradores’”, escribió el mismo día el obispo de San Juan Bautista

de las Misiones, Bogarín, presidente de la Comisión de Juventud, a algunos de sus colaboradores.

Los contenidos, que tomaron forma en las comisiones y sobre los cuales no podemos detenernos aquí, provocaron tensiones, las cuales ya habían aparecido durante la preparación de la conferencia. En un largo testimonio de 2003, Gutiérrez me recordó cómo algún obispo, insatisfecho con los trabajos, intentó contactar a la Santa Sede para expresar sus temores, ya que consideraba que el contenido de algunos *informes* era demasiado avanzado. Otros no se “movilizaron”, confiados en la posterior revisión del documento final por parte de Roma. El desacuerdo explícito con las orientaciones adoptadas por la asamblea se redujo, en definitiva, a ciertos sectores del episcopado colombiano. Un grupo de obispos, no claramente identificado, entre quienes se encontraba el administrador apostólico de Bogotá, entregó a la presidencia un largo escrito no firmado, que contenía una especie de réplica al trabajo de la conferencia.

El llamado “contradocumento” colombiano provocó reacciones vivaces en la asamblea. Algunos obispos, como Bogarín, lo consideraron un abuso y solicitaron el rechazo formal. Otros, como los colombianos Botero Salazar y Valencia Cano, expresaron su malestar, porque no habían sido consultados, ni puestos al corriente de dicho escrito. En ese momento, al igual que en otros similares, fue muy importante la habilidad diplomática del presidente del Celam, Brandao Vilela, quien dijo estar dispuesto a distribuir el texto en la asamblea, si sus autores lo firmaban, pero como no lo hicieron, el escrito fue dejado de lado.

Los primeros resultados del trabajo de las comisiones fueron recibidos con sorpresa y satisfacción por la mayoría, a pesar de la persistencia de zonas reducidas de resistencia. Los participantes comenzaron a percibir la fecundidad de los debates de la primera semana, alrededor de las ponencias introductorias, y el “valor agregado” del trabajo en equipo, algo que muchos habían descartado. Ante la variedad y riqueza de los *informes*, los organizadores de la conferencia volvieron a someter a consideración de la asamblea la idea original de elaborar un único documento final. Un aspecto a favor era la presión del tiempo; pero, por otro lado, la síntesis de los diversos textos, con la previsible yuxtaposición de frases y pasajes, podía diluir los contenidos más originales e innovadores de algunos de ellos. El 3 de septiembre, Pironio propuso exitosamente optar por un documento final, conformado por los dieciséis textos elaborados por las comisiones. Cada uno de ellos sería presentado y votado individualmente en asamblea plenaria y luego sería revisado, a la luz de las propuestas de modificación.

La asamblea optó por un documento único, tal como había propuesto Pironio, pero conformado por los dieciséis informes. Mientras tanto, se trabajó en un mensaje final, dirigido a los pueblos latinoamericanos, que recogiera los aspectos más sobresalientes de la conferencia. Esto aun sin conocer cómo se divulgarían

los textos de Medellín, ni por qué filtros pasarían, y, más importante todavía, sin conocer la introducción al documento final, que debía señalar la orientación general de la asamblea, en particular, la lectura de la historia social y política del continente como historia de salvación.

Entonces, las comisiones retomaron su trabajo. Revisaron los textos con ritmo intenso y en un clima de gran responsabilidad, para lo cual el acompañamiento de la liturgia cotidiana fue muy importante. En más de una ocasión, el 2 y el 3 de septiembre, la liturgia se centró en la responsabilidad de los pastores como colaboradores del misterio de la salvación.

La del 3 de septiembre, en particular, invitó a los participantes en la conferencia a situar la experiencia vivida dentro de la gran tradición conciliar de la Iglesia, desde el concilio de Jerusalén hasta el Vaticano II. En la guía litúrgica del día, señaló como objetivo primario de la asamblea verificar la fidelidad personal y comunitaria al evangelio y a la persona de Cristo. Por tanto, las decisiones y las actitudes que debían guiar a la Iglesia del continente debían estar referidas a su verdad, ya que ella era consagrada en la verdad cuando se reunía en nombre de Cristo para tomar decisiones. La introducción a la liturgia del día subrayó que, en cierta forma, en Medellín estaba sucediendo lo mismo que había sucedido en Jerusalén y en el último concilio. En concreto, Medellín quería recuperar del Vaticano II la capacidad para discernir, mediante el debate y el diálogo eclesial, los instrumentos para profundizar la actualidad salvífica de la palabra de Dios en cada momento.

Asimismo, el 3 de septiembre fue un día de intensa evocación conciliar por su carácter ecuménico. La celebración matutina de Laudes fue sustituida por una celebración ecuménica de la palabra, que culminó con la renovación de la profesión de fe de los presentes y el intercambio del abrazo fraterno, después de la lectura de la oración universal y la invocación a la unidad del hermano Robert, de Taizé. El día anterior, este había leído un mensaje del hermano Roger Schutz. La comunicación resonó fuertemente en la asamblea, al menos si nos atenemos al entusiasta relato “en caliente” del hermano Robert:

desde que se anunció el nombre de Taizé, antes de que yo siquiera hubiera subido a la tribuna, explotaron los aplausos; al final tu mensaje fue saludado de la misma manera y Monseñor Avelar Brandao te agradecía en términos muy tocantes. Muchos obispos, sacerdotes o laicos de la conferencia vinieron a agradecerme y me compartieron su alegría por haber escuchado tu mensaje. Entre otros, el mismo cardenal Samoré, que aparece poco, pues generalmente permanece en su cuarto más que en la reunión de la asamblea. Él se acercó a mí durante una de las sesiones y, poniéndome la mano sobre el hombro, me dijo en voz baja un “gracias” muy sentido.

## 5. El momento más alto de la conferencia

Los días 3 y 4 de septiembre, las comisiones estudiaron las propuestas de corrección y modificación, y el proyecto de documento final. Mientras tanto, algunos obispos elaboraron la introducción a las conclusiones y el mensaje a los pueblos latinoamericanos. Los textos, impresos el 4 por la tarde, fueron presentados por los relatores y sometidos a la primera votación en la plenaria del 5. Indudablemente, esta fue la etapa más crítica de la conferencia, en buena medida por la presión de la inminente clausura. Sin embargo, algunos protagonistas aseguran que no hubo nerviosismo especial. En general, parece haber predominado la conciencia de que la Iglesia latinoamericana estaba llamada a dar un testimonio profético.

Entre las exigencias para la necesaria renovación eclesial, en el sentido de prestar un servicio eficaz a los pueblos del continente, la pobreza fue, sin duda, el tema central y el más repetido transversalmente. En muchos casos, la promoción de un auténtico espíritu de pobreza es la mejor síntesis de la reflexión global de la conferencia sobre el significado de la Iglesia latinoamericana como sacramento de salvación, en un continente marcado por la miseria y la injusticia.

La imagen de Cristo pobre y servidor de la humanidad, con la cual concluía el texto sobre la pobreza, fue el hilo conductor de la liturgia del último día de la asamblea. Esta concluyó con la participación en la eucaristía de cinco observadores no católicos, aún presentes. La conferencia alcanzó aquí su punto más alto, para ser “el auge de nuestra conmoción”, tal como escribió en su diario la religiosa Irany Bastos, el 5 de septiembre. En efecto, en una celebración eucarística, al término de la *tour de force* del trabajo de las comisiones y antes de las últimas votaciones del documento final y de la clausura, “se consumó” esa unidad, ausente en las preocupaciones y los debates de la asamblea. La presidencia de la asamblea autorizó la comunión de los observadores. Gracias a la comunión eucarística —una experiencia inolvidable, según las palabras del pastor Kurtis Naylor, del National Council of the Churches of Christ—, la conferencia, que concluyó sin un documento dedicado expresamente al ecumenismo, hizo posible una “experiencia de unidad”, mayor y mejor que las logradas en las reuniones posteriores del episcopado latinoamericano. La unidad apareció de manera imprevista y sin preparación. Fue el resultado de la convivencia fraterna, del esfuerzo común para discernir las responsabilidades propias en la construcción del reino, de una actitud de búsqueda y de la invocación al Espíritu para responder a las interpelaciones que la realidad del continente hacía a las iglesias y sus pastores.

En realidad, la participación en la comunión eucarística de los observadores se planteó en los primeros días de la asamblea, cuando dos de ellos —el obispo anglicano Benson Read y el pastor luterano alemán Manfred Kurt Bahamann— así lo manifestaron a algunos de los participantes. Pero el secretario del Departamento para el Ecumenismo del Celam, Jorge Mejía, descartó esa posi-

bilidad. Así, lo que al comienzo de la conferencia pareció impracticable y poco prudente, se transformó, en vísperas de la clausura, en una posibilidad, gracias a la acogida evangélica, que permitió a los observadores participar libremente en los trabajos de la asamblea y, en consecuencia, la identificación personal con sus decisiones.

Así lo expresaron, en el balance general sobre su presencia en la asamblea, los cinco observadores que participaron en la comunión eucarística del 5 de septiembre. El día anterior, Bahamann, Read, Giscard, Naylor y Dana Green, pastora de la sección latinoamericana del National Council of the Churches of Christ, reunidos para expresar, en un texto común, su gratitud por la acogida que les habían brindado, dirigieron una carta a la presidencia de la asamblea —Brandao Vilela, Landázuri Ricketts y el cardenal Samoré, prefecto de la Congregación para la disciplina de los sacramentos—, en la cual solicitaron excepcionalmente la posibilidad de ser admitidos a la eucaristía, después de haber compartido varios días de plena comunión espiritual.

La petición, formulada fundamentalmente por Robert Giscard, “inspirado, creo, por el Espíritu Santo”, tal como escribió a Schutz, la tarde del 5 de septiembre, invocó el Número 55 del Directorio ecuménico, según el cual, por motivos considerados suficientes, un hermano separado podía ser admitido a los sacramentos. Además, dicho párrafo especificaba algunos casos de “necesidades urgentes”. Los cinco observadores declararon que la caridad, la razón más urgente, los había impulsado a compartir el signo eficaz y seguro de la presencia personal de Cristo. Inesperadamente, la presidencia acogió la solicitud, con el consentimiento del cardenal Samoré y el ordinario de Medellín, Botero Salazar.

La decisión sorprendió a todos, en primer lugar, a los mismos peticionarios. En la tarde del 5 de septiembre, el hermano Robert, en un cálido relato, informó al hermano Roger Schutz lo siguiente:

Yo vi a los tres presidentes, mientras estaban en la mesa principal sobre la tribuna, interesados en consultarse mutuamente de manera muy animada; yo suponía, no sin razón, que discutían acerca de nuestra solicitud. Pero todo estaba en las manos de Dios... A la salida, a eso de la una de la tarde, Mejía [...] muy emocionado, nos conduce a los cinco a un rincón y nos dice: “¡No lo puedo creer yo mismo! Contra toda esperanza, la presidencia los autoriza a comulgar esta tarde y les pide solamente que lo hagan con discreción, mezclándose con los fieles y no formando un grupo compacto”.

Explosión de alegría para todos nosotros. [...] Mejía nos decía: “es increíble y yo no lo reconozco a Samoré, él ha cambiado completamente en unos pocos días”. Al final de la cena, me crucé con el cardenal Samoré y me acerqué a él para agradecerle calurosamente; estaba muy emocionado y me apretaba las manos:

- Sí, me dijo, simplemente háganlo con discreción.
- Entonces es mejor que yo hoy participe sin usar vestimentas litúrgicas...
- Sí, es eso.

Algunos segundos más tarde, es monseñor Avelar Brandao que se me acerca y yo le repito mi agradecimiento. La misma emoción.

Al día siguiente, el 6 de septiembre, en la jornada de clausura de la conferencia, Robert agregó:

A la salida de la misa hubo grandes manifestaciones muy tocantes de fraternidad y emoción por parte de los obispos, sacerdotes y laicos: grandes abrazos y lágrimas: Dom Hélder Câmara entre otros y un obispo brasilero que conocía bien a los hermanos (no sé su nombre, ni su diócesis, pero me dijo que vivía a 120 kilómetros de Recife), dijo que ¡indudablemente este acontecimiento va a alentar a muchos obispos presentes a imitar el ejemplo! El obispo brasilero [José María Pires] me lo decía: “Ahora yo no dudaré más en proponer la comunión a los hermanos cuando vengan a mi diócesis”. Anoche dormí poco, ¡tanta era mi alegría!

El impacto de la decisión, y de la que pronto sería llamada, inapropiadamente, la inter-comunión de Medellín, fue enorme. El gesto comprometía seriamente a la Santa Sede, dada la participación del cardenal Samoré, escribió Robert Giscard, poco después de concluida la misa. Anteriormente, muchos protestantes habían participado en la comunión, en las iglesias católicas, y muchos católicos habían participado en la cena, en las iglesias protestantes, pero sin autorización. En este caso, como notó el secretario general de la Federación Luterana Mundial, André Appel, cuya fuente era el pastor Bahamann, hubo un cambio. La autorización oficial otorgó al hecho una enorme importancia ecuménica. La Iglesia católica romana nunca antes había autorizado oficialmente que observadores no católicos participaran en la comunión. Appel agregó que tal como había ocurrido muchas veces en la historia, y en la historia de la Iglesia, el acontecimiento no había sido planificado.

## **6. Una experiencia pentecostal**

Muchos protagonistas de la conferencia consideraron la participación de los observadores en la eucaristía del 5 de septiembre como la manifestación más clara del Espíritu Santo, en buena medida, por su carácter inesperado. El “Mensaje a los pueblos de América Latina”, leído inmediatamente antes de las votaciones finales, hace referencia al espíritu de fraternidad y colaboración, experimentado a lo largo de las dos semanas de asamblea. Sin embargo, el mensaje, elaborado para no dar la impresión de que la asamblea había concluido sin ninguna declaración, pasó a segundo plano, porque Pablo VI autorizó, inesperadamente, publicar de inmediato el documento final, antes de que Roma lo

revisara, tal como preveían el reglamento y la costumbre. La autorización fue comunicada por Samoré, en la sesión dedicada a las últimas votaciones, y fue saludada con un aplauso fuerte y prolongado.

“Un momento determinante”, anotó la religiosa Irany Bastos, al final de su crónica. En efecto, Pablo VI aprobó el documento final por teléfono, sin conocer su contenido, confiando en sus hermanos del episcopado latinoamericano. Este es un caso único, pues no ha vuelto a ocurrir. La autorización papal no solo fue acogida cálidamente por la prensa, sino que catalizó el entusiasmo de los miembros de la asamblea. Al día siguiente, Mejía comentó en *Criterio* que la decisión había sido saludada como signo de una convergencia progresiva y como expresión de un nuevo modelo de responsabilidad local, en el seno de la Iglesia universal. Esa convergencia aconteció en un clima de obediencia al Espíritu, el cual, a su vez, llevó a interpretar aquellos días pasados en el seminario de Medellín como una gracia. El milagro del concilio se había repetido, tal como Hélder Câmara escribió en su carta circular del 6 de septiembre. Ese mismo día, Valencia Cano confió a su diario, en forma de oración, su profunda gratitud por la experiencia de Medellín, la cual había reforzado aún más su compromiso de pobreza radical:

Señor, cómo te voy a agradecer tantos y tan grandes beneficios. Aquí me tienes hoy, al final de esta importantísima asamblea. Cuán bueno has sido conmigo. Hoy nuevamente me consagro a ti con todas las fuerzas para seguirte pobre, desprendido de todo con una cruz a cuestas hasta donde quieras, teniendo cada día un ánimo mayor de ser como tu hijo Jesús.

La característica dominante de la clausura de Medellín fue la constatación del influjo activo del Espíritu. Así lo expresaron varias intervenciones, en el acto final. El presidente del Celam habló de una “experiencia pentecostal”, hecha posible por las expectativas de innumerables grupos humanos y por la convivencia fraterna entre los miembros de la asamblea y entre estos y Dios, en el misterio inefable de la liturgia. El presidente de la conferencia episcopal mexicana, que intervino en nombre de los participantes, habló también de días de pentecostés. La referencia fue retomada, de forma más intensa y mejor articulada, por Landázuri Ricketts, en el discurso final, quizás la intervención más densa de toda la conferencia, en cuya elaboración participó Gustavo Gutiérrez.

El cardenal de Lima, copresidente de la asamblea, invitó a leer algunos hechos, en concreto, el diálogo y la reflexión en común, así como la participación en la liturgia cotidiana, a la luz de la imagen, siempre nueva, de la primera comunidad cristiana, en cuyo centro estaba la comunión. Una comunión que había emergido de la escucha de la palabra y la eucaristía. Landázuri Ricketts habló luego de Medellín como un nuevo pentecostés para la Iglesia latinoamericana: “El nuevo pentecostés del que varias veces hemos hablado con ocasión de esta reunión es la gran idea, el gran acontecimiento. La conciencia profética que en

estos días despertó y se vivificó es la nueva luz para la Iglesia, el nuevo pentecostés para la patria grande”.

Un nuevo pentecostés que aconteció en el momento en que la Iglesia latinoamericana decidió mirar a la cara a la nueva realidad continental, en vez de mirarse a sí misma:

Hay algo muy característico en los cuestionamientos que nos hemos hecho a lo largo de estos días [...] enfrentar nuestros propios problemas. Hay un servilismo que no es comunión. Hay una dependencia psicológica o sociológica que no responde a la íntima unión con el cuerpo del Señor. Encarar nuestros propios problemas exige madurez. Al hacerlo, encontramos la dimensión adecuada de nuestro episcopado, ya que cada uno de nosotros es guía de una determinada y concreta Iglesia local, y todos juntos, de este nuestro irreversible momento histórico latinoamericano [...] Tratamos de buscar soluciones dentro de nuestras realidades y posibilidades; esto permitirá a la Iglesia universal, como en otras etapas históricas, enriquecerse con nuevas formas eclesiales y pastorales. Es la hora de retomar la línea de aquellos grandes concilios creadores de Lima y México [...] este momento es igualmente decisivo.